

La geografía de los modos de vida del valle venezolano y el jesuíta valenciano P. Gumilla

por

Demetrio Ramos Pérez



En este título reunimos dos *ingredientes* de viva actualidad que, estudiados desde ángulos específicos, no han sido emparentados, con injusticia y grave desnaturalización de obras que merecen nuestra mejor atención. Por un lado, es hoy común la idea de que la Geografía humana, entendida como ciencia de la relación entre el medio y el hombre, ha logrado perfiles concretos gracias a la intuición de la escuela francesa: las relaciones de los grupos humanos con el clima, el suelo, el relieve y los complejos vegetales y animales se traducen en hechos de distribución, en precipitados de reacción (casa, alimentación, etc.) y en formas de aprovechamiento o modos de vida, términos todos ellos sujetos a la capacidad valorativa o técnica de utilización que, como formas de cultura, explican las colonizaciones y se reflejan en la organización sobre el suelo de entidades políticas.

Que los geógrafos franceses se consideren satisfechos con su planteamiento del problema está perfectamente justificado; no, en cambio, que estimen como descubrimiento propio lo que sólo significa una ordenación metodológica. Pero aun es mucho más curioso que en España todos nos hemos dejado cegar por la corrección de sus esquemas, con olvido de lo que mucho antes fue escrito por nuestros antepasados. Entre éstos y nosotros ha existido un vacío que dejó aquellos modelos sin el desarrollo que era de esperar.

Fueron fundamentalmente los misioneros, que se veían trasladados a las lejanas comarcas, los que, quizá sin proponérselo, se percataban de la distinta relación, en un medio nuevo, de masas humanas perdidas en aquellos escenarios naturales. Los modos de vida de los indígenas constituían un tema atractivo para sus escritos, encaminados al fin misional.

El jesuíta valenciano P. Gumilla, que publicó en 1741 *El Orinoco ilustrado y defendido*, es uno de ellos; pero los pocos que han hablado de esta obra

—excepto Humboldt— no han sabido descubrir su importancia en el orden de la Geografía; el mismo P. Bayle, que en 1944 cuidó de la edición de *El Orinoco ilustrado* (1), desconoce el carácter que tiene, y si advierte que no es una obra histórica —al modo de las de Casani, Rivero o Mercado—, se contenta con decir llanamente que Gumilla se limita a «recoger migajas y corrusquillos que los otros tres ilustres escritores dejaban caer» (2). Un gran ambiente debió formarse alrededor de estos escritos en época pasada, pues, aparte de las ediciones de que nos habla el P. Bayle —la de Madrid de 1745, dos volúmenes, y la de Barcelona de 1791—, existe otra en francés, la *Histoire naturelle, civile et géographique de l'Orenoque et des principales rivieres que s'y jettent*, traducción que fué hecha de la segunda edición por M. Eidous y que se editó en Avignon, por Girard, en 1758. No puede negarse tampoco la presente popularidad de Gumilla, pues la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, en las mismas fechas en que se trabajaba en la de Aguilar, lanzaba una nueva edición, la de Bogotá, hecha por la editorial ABC.

En las notas del P. Bayle al texto de Gumilla se advierte la falta de esa preocupación geográfica que constituía la medula del tratado, orientación que, ai menos en su aspecto físico, se daba en un trabajo nuestro (3).

Y es que el P. Bayle, como casi todos los que han estudiado las relaciones de nuestros evangelizadores o las crónicas indianas, se han visto guiados por otro propósito, igualmente laudable: la pura acción misionera o la hazaña militar. Dígase de paso, en nuestro demérito, que tuvieron que venir a descubrirnos la obra de Gumilla en su auténtico sentido especialistas extranjeros, como Alejandro de Humboldt, que tantas enseñanzas y tantos párrafos extrajo, no sólo del jesuíta valenciano, sino también de los escritos de otros misioneros, como Caulín, Gilij, etc. (4).

Las preocupaciones que hace siglos sintieron nuestros hombres son las que hoy se reproducen por la fuerza de los hechos como novedad; tal en las páginas de Aurelio Andrés Level (5). El caso de los *Apuntes sobre la provincia misionera de Orinoco e indígenas de su territorio, con algunas otras particularidades*, de Fray Ramón Bueno, es particularmente instructivo (6).

(1) Colección España Misionera, vol. III. Ed. Aguilar. Madrid.

(2) Introducción, pág. XIX.

(3) DEMETRIO RAMOS: «Las ideas geográficas del P. Gumilla: La comunicación Orinoco-Amazonas y su negación», *Estudios Geográficos*, núm. 14.

(4) Sobre este tema, A. MELON y RUIZ DE GORDEJUELA: «El viajero venezolano Francisco Michelena y Rojas en pos y en contra de Humboldt», *Estudios Geográficos*, núm. 1; DEMETRIO RAMOS: «Una afirmación de Humboldt tenida por error y que no lo es», *Correo Erudito*, año III, entregas 23-24, pág. 99.

(5) AURELIO ANDRÉS LEVEL: *El delta del Orinoco y sus habitantes. Esbozos de Venezuela*, vol. I de la colección «Motivos Venezolanos», Caracas, Ed. Librería Venezolana, 1942.

(6) Publicados, con prólogo de Mons. Nicolás E. Navarro, Caracas, tip. Americana, 1933.

La posición de Gumilla es clara: ofrecer a los futuros misioneros de Orinoco un cuadro verídico del género de vida y costumbres de sus habitantes, pero con ello realizó un magnífico cuadro regional de Geografía humana. La primera consecuencia que se deduce de la lectura de su obra es la distinción de cuatro paisajes físicos y humanos y bien individualizados: el *delta* sometido a inundación, los *llanos* libres de bosque, la *selva* y su borde de contacto con los ríos y el mundo *fluvial*.

I. LA ADAPTACIÓN HUMANA A LAS CONDICIONES DEL DELTA

Según la descripción de Gumilla, las islas del delta del Orinoco se ven sometidas a unas condiciones directamente derivadas del régimen del gran río y de la palpitación del Océano: «...anegadas durante los seis meses de creciente del Orinoco y en los otros restantes se anegan dos veces cada día, con el flujo y reflujo de las mareas» (1). En tal escenario, los indios *guaraunos* se veían forzados a una estrecha adaptación que les permitiera la subsistencia dentro de su carácter sedentario. La permanencia y estabilidad de sus poblados la lograban mediante un tipo de habitación singularmente apto al medio en que vivían: «...sobre estacas y maderos, sumergidos por entre el cieno, hasta que dan sus puntas en el suelo firme, levantan en el aire y sobre el agua sus casas, calles y la plaza. Y es que puestas todas las estacas necesarias tan altas, que ni las mareas del tiempo de las crecientes del Orinoco las cubran, arriman y clavan los maderos necesarios, con la altura competente para levantar sus casas; y esto así prevenido van poniendo travesaños y enmaderados desde unas a otras estacadas, y sobre estos enmaderados forman un tablado general a todo el pueblo del duro tronco o cascarón de las palmas.»

No hemos de entrar aquí en la discusión que planteó Michelena (2) contra estas noticias, que tomó Humboldt al pie de la letra, consideradas por el venezolano como falsas; Gumilla advierte el carácter repulsivo de la región y probablemente estos pobladores habían retrocedido hacia tierras más propicias en los días en que Michelena visitó el delta.

La subsistencia de los *guaraunos* se basaba tanto en el género de vida como en la asociación a la palmera *murichi* que le hacía posible: «Del tronco desfrutado de las dichas palmas sacan tablas para suelo de sus casas, calles y plaza; y las paredes de sus casas se fabrican de las mismas tablas; de las rajadas forman el enmaderado para los tejados; las cubiertas contra los agua-

(1) Parte I, cap. IX.

(2) FRANCISCO MICHELENA Y ROJAS: *Exploración oficial por la primera vez desde el Norte de la América del Sur*. Bruselas, 1867.

ceros y contra los rigores del sol forman y tejen de las hojas ya maduras; las sogas, cordeles y amarras con que atan y traban toda cuanta es la fábrica, las fabrican y tuercen de un género de cáñamo que sacan de las hojas de la misma palma; los delantalillos que usan las mujeres, y los *guayucos* que usan los hombres sacan de unas entretelas que hay a modo de cordellate entre uno y otro pie del vástago ancho, que tienen dichas hojas en el mismo arranque por donde salen del cogollo de las tales palmas; las redes o chinchorros en que duermen y todo este material es del cáñamo que sacan de las hojas tiernas: los cordeles, sogas, maromas y demás utensilios para pescar, todo se fabrica del dicho cáñamo.»

No hay tierra que cultivar, pero también la alimentación está asegurada, una alimentación ceñida al doble aprovechamiento de la pesca y de la palma *murichi*: de ella extraían su bebida al fluir por el tronco herido, que agriada servía de condimento para el pescado; de ella aprovechaban los blancos gusanos que se formaban por putrefacción y de ella lograban una harina con que fabricaban su pan o *yuruma*. El fruto, una especie de racimos de dátiles, proporcionaba tanto comida sabrosa como bebida refrescante. Y por si esto fuera poco, se servían de una especie de panales que en las palmeras formaban ciertas hormigas para producir un fuego que más que calor —que no necesitaban— daba un humo tan espeso que a mil maravillas servía para librarse de los temibles mosquitos.

No puede citarse, como se ve, un ejemplo más acabado de asociación humana tan exclusiva a un vegetal, en un medio que Brunhes no hubiera vacilado en incluir entre sus *islas humanas*. Se trata de un bosque litoral que hizo posible, por sí, la habitabilidad de una costa de carácter negativo.

II. EL GÉNERO DE VIDA EN LOS LLANOS LIBRES DEL BOSQUE

Junto a esta estrechísima asociación del delta, que en ningún momento se nos representa con carácter de área de atracción, podemos situar el cuadro humano de los Llanos. Fuera de la obra de los misioneros franciscanos, el desarrollo de la vida ganadera, para el que eran particularmente aptos, aun no había comenzado. Se trata, pues, de otro espacio nada atractivo en el que, no obstante, se reconoce una diversidad de relaciones aun muy ligadas al ambiente físico.

Por un lado entran los grupos humanos francamente recolectores —*goajivos* y *chiricoas*— del área que se extiende del Vichada al Meta. Como es lógico, este modo de vida implica un nomadismo y un aprovechamiento extensivo y amplio de todos los posibles recursos: «...andan siempre de un río para otro; mientras los indios pescan o cazan venados, fieras y culebrones

para la vianda, las mujeres arrancan unas raíces, de que abunda toda aquella tierra, que se llaman *guapos*. Otras raíces, de hechura de un pan grande, hallan, pero no con tanta abundancia; llámanse éstas, en su lengua, *cumacapana*, y son de mejor sabor que las otras. Estas raíces les sirven de pan, y todo cuanto hallan, aunque sean culebrones, todo es bueno y sabroso para aquellas dos naciones» (1).

Son pueblos más bien sustentados por la caza, en la que Gumilla nos los describe particularmente diestros. Su técnica se basa igualmente en la fácil utilización del medio: los pajonales y maleza son arrasados por el fuego, circunstancia que les permite, de momento, lanzar las manadas perseguidas en dirección del grupo de cazadores dispuestos en media luna, que atacan con sus flechas; pero a mayor plazo los brotes nuevos atraen caza en busca de pastos tiernos, con lo que de antemano sitúan los lugares de acción.

La vivienda (2), como corresponde a este género de vida, es más bien un abrigo —*tugurio* lo llama Gumilla—, que sólo les sirve para una o dos noches.

Pero en los llanos más favorecidos, aunque también pobremente habitados, el aprovechamiento tendía a una curiosa forma agrícola. Carecen del gran apoyo de la selva, pero, en cambio, saben utilizar hasta lo último el recurso del matorral: con las palas de *macana* «levantan la tierra en los sitios húmedos, tapando la paja con la tierra extraída y luego siembran su maíz, yuca o manioca y otras raíces» (3). Esta práctica obligará a un deslizamiento de población al quedar agotada la tierra por cultivos tan exigentes.

III. LA ASOCIACIÓN DE LA SELVA

El bosque tropical americano fué el catalizador de población, el área atractiva, y Gumilla no deja pasar por alto esta observación en el caso venezolano. No obstante, no hay concentraciones ni auténtica sedentariedad: son familias de indios esparcidos a los que su forma de explotación impone un deslizamiento.

El bosque es aquí, en contraste a lo que sucede en las latitudes templadas, el gran colaborador de la agricultura, el fertilizante de un suelo sometido a cultivos agotadores. «Para sembrar deben primero cortar la maleza, derribar los árboles y quemar después uno y otro (4); en estos menesteres nos pinta a los *salivas* y *achaguas*. En el interior, donde el instrumental no era

(1) Parte I, cap. XVIII.

(2) JOSÉ GONZÁLEZ GONZÁLEZ: *El problema de la vivienda rural en Venezuela*. Caracas. Ed. Bolívar, 1943.

(3) Parte II, cap. XIX.

(4) Idem, id.

aun europeo, tronchaban la maleza con las *macanas* y abatían los árboles laboriosamente con hachas de pedernal. Los cultivos se dedicaban a yucales, maíz y platanales con carácter alimenticio, aparte del manioca, y a los tutumos para fabricar escudillas, platos, vasijas, etc. (1). La práctica uniformidad del clima no ligaba el ciclo vegetal a momentos determinados, de modo que, por un escalonamiento de sementeras, «continuamente tienen maíz tierno y maduro, otro en flor y otro nacido, y cada uno siembra cuando se le antoja o cuando acaba de preparar la tierra, sin riesgo a que le falte la cosecha».

Agotada la tierra, una nueva roza de otro espacio obligaba a un desplazamiento humano: nuevas chozas, de gran amplitud, circulares unas y rectangulares otras, se colocaban al borde del cultivo.

Pero la selva les proporcionaba más elementos de vida y hacía que este poblamiento tuviera matices nómadas, aunque sólo fuera temporalmente y por grupos. Nada desarrollada la ganadería, habían de buscarse la carne mediante el ejercicio de la caza.

Pero la caza tiene también un doble carácter: por un lado está la *caza defensiva*, que tiene por pretexto proteger las sementeras de la voracidad del mono, del que escribe que «apenas se puede creer el grave daño que hacen estos animales y la malicia con que proceden». En oposición podemos situar la *caza de explotación o aprovechamiento*, a la que dedica Gumilla el capítulo XIX de la primera parte.

Este segundo tipo es particularmente interesante; los indios se turnaban por mitades —aun los reducidos a misión— para internarse en la selva durante períodos de quince días como término medio, de modo que siempre tenían carne seca al menos en sus poblados. Así existían rancherías volantes que obraban de punto de descanso, de almacén de vianda y de hogar para secarla al fuego. La cacería de piezas mayores la practicaban con el arpón, que, atado a un astil, se enredaba en la maleza al correr la fiera herida. De esta manera la cacería tenía dos fases: la de clavar los arpones en el mayor número de piezas y la de rastrear por las veredas abiertas en el matorral hasta dar con la fiera trabada. Así la selva, por su intrincada formación, colaboraba en la empresa.

También se cobraban piezas menores: los *achaguas* gustaban de los monos amarillos o *batas*; los tunevos, de los negros; los *jicaras*, *airicos*, *betoyes*, etc., de los blancos.

Durante estas monterías y como los indios no llevaban impedimenta, se transformaban en recolectores, alimentados de *mutuculicus* y otros frutos y raíces silvestres. Los propios monos buscados como manjar denunciaban al

(1) Parte II, cap. XXI.

ojo del indio dónde se encontraban más abundantes estas frutas. Así, la tarea recolectora estaba íntimamente asociada a la cacería. La selva les proporcionaba en este trance otros recursos aprovechables, como los de la *cabima* o palo de aceite (1) o las gomas que utilizaban para alumbrarse, una vez formadas a manera de velas: «Es cosa digna de notarse —escribe— que clavado en el suelo un carámbano de aquella goma prende la llama en la parte superior y sirviendo sola la goma de pabilo y de pábulo, arde toda la noche, arrojando una llama muy clara hasta consumirse toda.»

El bosque no es sólo el reservorio de carne y fruta o el proporcionador de tierra cultivable y fertilizante, sino también el suministrador de combustible y el protector de la vida misma, ya que en las noches las fogatas que rodean a los establecimientos les libran del asalto de las fieras.

He aquí, pues, una forma de vida en directa conexión con la selva, en la que alterna la sedentariedad relativa —por deslizamiento de cultivos— con el nomadismo recolector, la vivienda fija y consolidada con la ranchería volante y esto no en períodos distintos o estacionales, al modo de los pueblos del borde del desierto, sino simultáneamente, por desdoblamiento y relevo en cada una de las pequeñas aldeas.

IV. EL APROVECHAMIENTO DEL RÍO

En el país virgen en que se mueve Gumilla, el río lo es todo, al lado de la selva; es un elemento capaz de complementarse con todas las formas de vida, singularmente atractivo, al menos durante los períodos favorables, y camino abierto para la comunicación. Gilij, que imitó y aun superó en muchos aspectos la descripción al modo de Gumilla, dedicó insuperables páginas a este aspecto humanizado del Orinoco (2), en el que reinan los *champanes* típicos por los accidentes —raudales y raudalitos—. Los mismos españoles que le navegaron hubieron de servirse forzosamente de este tipo de embarcación (3), con la servidumbre de indios bogas, a que tantos documentos se refieren.

En la asociación del hombre al río se perciben distintos matices, según la descripción de Gumilla:

a) *La solidaridad con el río* se concreta en modos de vida casi exclusivamente fluviales, de los que son ejemplo típico los indios *atures*, habitantes de los famosos *raudales*: «Allí todos se ocupan de la pesca, sin otro arbitrio que pasar la vida; pero no les falta grano, ni legumbres, frutas ni cosa alguna

(1) Parte I, cap. XX.

(2) P. FILIPPO SALVATORE GILIJ: *Saggio di Storia Americana*. Roma, 1780, 1781, 1782-84.

(3) DEMETRIO RAMOS: *El tratado de Límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco*. Madrid, 1946.

de las que componen el corto menaje de los indios, porque las gentes comarcanas les traen todo lo necesario a trueque de pescado que almacenan con grande copia después de seco al calor del sol y del fuego. Para lograr la pesca han inventado unos canastos tan grandes y firmes como requiere el furioso golpe de agua que reciben y el peso gravísimo del pescado que cae de cabeza con ella; tejen dichos canastos o nasas de un género de mimbres largos y correosos, llamados *bejuco*, dándoles como dos varas de fondo y vara y media de boca con muchas asas firmes para sogas» (1). La misma habitación en las isletas del raudal tenía carácter de refugio fluvial.

Como se ve, este modo de vida exclusivo reposa en una especialización de los pueblos de su ámbito —complementándose los indios agrícolas y recolectores con los pescadores— gracias al concurso del río, que por un lado permitía la sedentariedad de los *atures* y por otro el trueque de comestibles, que en un mundo virgen ya daba origen a formas de circulación.

En los tiempos posteriores, por la acción de los misioneros jesuitas que tendían a una autonomía económica de sus reducciones, tal especialización derivó a formas asociativas y los indios *atures*, como después los *maipures*, llegaron a ser también agricultores.

b) *La asociación con el río* carece ya de ese exclusivismo, con un matiz de aprovechamiento mucho más amplio que, como es lógico, corresponde a cuadros naturales menos restringidos que los raudales. El ejemplo típico que nos ofrece Gumilla es el de los indios *otomacos*, que vivían en las riberas del Orinoco más arriba del Apure.

En este caso el río es también clave de su existencia; de la alternancia de crecientes y descensos en las aguas del Orinoco logran un singular partido, pues la mayor parte de los cultivos se sitúan sobre los fértiles limos que van dejando las lagunas de inundación al secarse. El comentario es bien certero: «Y como aquella es tierra podrida, logran abundantes cosechas» (2). El valor fertilizante de la selva se ve aquí sustituido por la cooperación del río que se traduce en su sedentariedad, ya que no es preciso absolutamente el deslizamiento de cultivos. Sólo que, si la selva permite la cosecha permanente por sementeras sucesivas, el río no puede dar más que rendimiento estacionario, entre creciente y creciente.

A esta causa se debe que apelen en tales paréntesis al modo de vida recolector: «Tiene esta nación una singular prerrogativa en esta materia sobre todas las otras, y es que de todas cuantas frutas y raíces hay, de todas saben sacar pan y almidón para sustentarse» (3).

(1) Parte I, cap. XXI.

(2) Idem, id., XII.

(3) Idem.

Pero también su alimentación vegetal recibe otro concurso del río: su condimento. Los indios entierran frutas y maíz en hoyos, hechos en el limo, donde llegan a transformarse en un amasijo barroso que sedimentan en vasijas, mezclado con manteca de tortuga. Con esta masa forman a manera de bolas, que cuecen en hornos y que constituyen su pan, el famoso barro de los *otomacos* que admiró a tantos viajeros, tomándolo como auténtica geofagia. Este barro limoso que hace posible el cultivo y el condimento sirve igualmente para fabricar el menaje: «Se ocupan las mujeres —escribe Gumilla— en hacer ellas, de barro muy fino, para sí y para las naciones vecinas, platos, escudillas, etc.» (1), de forma que otra vez tropezamos con un determinante de circulación en el río. Pero aun hay más: la habitación es una consecuencia de la concurrencia de palmas *murichi* y limo: de las primeras, siempre asociadas al río, tejen esteras, mantas, canastos, talegos, y también forman a manera de pabellones para dormir, para defenderse de la plaga tremenda de los zancudos. Pero en esto tiene su concurso el barro del río: «En lugar de colchón amontonan arena traída de la playa, en que a modo de lechones se medio entierran marido, mujer y los hijos» (2).

Para que esta asociación al río sea total sólo falta decir que son los *otomacos* los pueblos más pescadores, dedicados con pasión a las tortugas y a los caimanes, que les proporcionan, con la caza, vianda y grasa, aparte de los huevos que entraban en su mesa como el mejor manjar.

c) *El complemento fluvial.*—Para muchos pueblos próximos al Orinoco, el río no deja de ser un área de atracción que motiva o bien utilización complementaria para los ribereños o bien desplazamientos temporales para los demás. En el primer grupo entran aquellas naciones que le aprovechan para la pesca —Gumilla, como buen valenciano, insiste repetidas veces en lo que podría lograrse si se hicieran acequias—, asociada íntimamente al régimen fluvial.

En la época de creciente, en que se inunda el margen de los Llanos, la pesca se hace a pie, entre las cañas, por la escasa profundidad, y los indios cazan los peces «aporreando, no como quiera, sino escogiendo: estos gustan de *bagre*, aquellos de *cachama*, los otros de *morcoto* o *payara*, de todo hay y para todos con una abundancia increíble» (3).

Cuando el río bajaba, los indios se apresuraban a cerrar los desagües con cañizos o a explotar las lagunas residuales. Otras artes se basaban en el empleo de estupefacientes, la *cuna* o el *barbasco*, o en el arpón para el manatí del

(1) Parte I, cap. XI.

(2) Idem.

(3) Idem, id. XXI.

Orinoco. El cuero de manatí tenía grandes aplicaciones para sogas muy fuertes y otros efectos.

Pero lo más singular y que a todos los evangelizadores y viajeros llamó la atención fué la recolección de tortugas, que Humboldt describió con todo entusiasmo (1). Se trata de los *arraus* que efectuaban su puesta de huevos en la época de las aguas bajas y que tanto abundaban entre el Apure y los raudales, singularmente en las islas Cucurupara, Uruana y Pararuma. A la caza de tortugas y a la cosecha de huevos (2) acudían indios de todas partes, incluso caribes de Guayana, que formaban sus rancherías en las playas. Se trata de un movimiento migratorio que concentraba numerosa población desde el mes de febrero a fines de marzo, época en que era removida toda la arena en busca de las nidadas; la operación o campaña de la manteca de tortuga duraba unas tres semanas, y en época más avanzada que la de Gumilla incluso acudían comerciantes para su adquisición. Estos poblados estacionales llegaban a ser numerosos, de hasta trescientos indios, acampados en cabañas de palmeras *murichi*, en cuya construcción eran diestros los *otomacos* y *guanós*, los pulperos por excelencia.

Este valor de atracción periódica y de circulación queda bien expresado por Gumilla cuando escribe: «Todas las naciones y pueblos de los países comarcanos y aun de los distantes, concurren al Orinoco con sus familias a lograr lo que llamo cosecha de tortugas, tortuga seca a la lumbre e inmensa cantidad de canastos de huevos tostados al calor del fuego; pero lo que principalísimamente atrae a las naciones es el logro del aceite que sacan de los huevos en cantidad excesiva para vender a otras naciones más remotas que no pueden o que por temor no quieren bajar al río Orinoco.»

He aquí, pues, un cuadro esquemático de Geografía humana, difícilmente superable de un misionero del siglo XVIII que se adelanta a las modernas concepciones. Resulta curioso que el nombre de este gran geógrafo y evangelizador no aparezca en la relación *Dimissi, Defuncti et Missi ad Indias et ad alias Provincias* que procedente del archivo jesuítico de la provincia de Aragón existe en el Laboratorio de Arqueología y Ciencias auxiliares en la Universidad de Valencia y que alcanza hasta 1717, dado que partió hacia América en 1705 (3).

(1) A. DE HUMBOLDT: *Viaje a las Regiones Equinociales*, libro VIII, cap. XIX, pág. 18 y sigs. Ed. París, 1826, tomo III.

(2) GUMILLA dedica íntegro el cap. XXII de la primera parte.

(3) Publicó sus datos BARTOLOMÉ GARCÉS FERRÁ en «Relación de jesuítas de la Provincia de Aragón enviados a Indias en los siglos XVII y XVIII», *Revista de Indias*, núms. 28 y 29, páginas 521-537.